

No hay nombre para el pueblo. La función ontológica de la catacresis

Florencia Carbajal (Universidad Nacional de Avellaneda-USAL, Argentina)

El presente trabajo se encuadra en el marco de una investigación que se titula “Retórica y política, la función ontológica de las figuras del discurso”.

Si bien el vínculo entre retórica y política siempre existió, recién a partir de los estudios de Ernesto Laclau podemos advertir que la filosofía política contemporánea ha entrado en una cercana relación con el análisis del discurso. Sin embargo, genera una incómoda picazón en el pensamiento decir que las figuras retóricas cumplen funciones ontológicas. En esta investigación partimos de esa incomodidad: intentaremos demostrar que las figuras retóricas cumplen funciones ontológicas que es preciso develar.

Para poder demostrar esta hipótesis, proponemos un ejercicio, circunscribir en este trabajo el análisis a la figura de la catacresis y ver qué sucede. Para ello rastreamos en las retóricas clásicas la definición de esta figura y sus efectos de sentido; para luego contrastarla con la realizada por Ernesto Laclau en *La Razón Populista*. Finalmente vamos a analizar en qué medida la figura de la catacresis puede ser considerada como aquella figura que *no* nombra al pueblo.

Encontramos en Durmasais y Fontanier los fundamentos de la retórica clásica y la taxonomía sobre las figuras del discurso. Para ambos autores hay un recto decir, en sentido literal y natural; y un decir desviado, que es considerado “el que hace figuras”. Para Durmasais y Fontanier las funciones de los tropos son adornar el discurso, hacerlo más noble, disfrazar las ideas y enriquecer la lengua. Los tropos o figuras que no producen los efectos que se acaban de describir, son defectuosos y no debemos utilizarlos a menos que “se presentan naturalmente a nuestro entendimiento, cuando los producen las ideas accesorias, o cuando la decencia los inspira”. Ambos autores conciben un espíritu racional que predetermina el ordenamiento de la lengua y su correspondiente juicio frente al uso o abuso de la misma. Hablan correctamente quienes tienen en su espíritu las ideas racionales. Sin darle muchas vueltas podemos observar que la consideración de la retórica clásica, basa su concepción en que las ideas de la razón, las formas del decir y las acciones morales son equivalentes y codependientes. Racional, normal, literal, natural y moral son sinónimos.

Nos interesa resaltar que tanto Durmasais como Fontanier homologan la figura de la catacresis al abuso. Por ricas que sean las lenguas, dice Durmasais, no tienen un número suficiente de palabras para expresar cada idea particular por medio de un término que solo sea el signo propio de esa idea. La catacresis es un abuso o una extensión del sentido y además presenta las ideas desnudas y sin gusto. Es un decir desviado respecto de lo que debía ser nombrado bajo una figura natural, más justa y de una única significación. Por eso en la retórica clásica la catacresis es considerada una desviación, un abuso o una extensión; ya sea porque no se corresponde o bien porque excede a esa racionalidad, retoricidad y moralidad propias del recto decir. Esta figura aparece allí donde no hay nombre primordial, allí donde faltan palabras o allí donde sobra mundo. Pero, ¿cómo nombrar entonces aquello que carece de nombre? **La retórica clásica dio una respuesta que hoy la filosofía contemporánea lee como problema político.** Fontanier considera que todo aquello que hace figura, que desvía el sentido y que trastoca el significado primordial, es una amenaza al ordenamiento natural del mundo y necesario de ser eliminado en el uso del lenguaje. El mundo se organiza entonces como aquello

que puede nombrarse bajo un recto decir (que corresponde a cosas, seres y relaciones naturales, rectos, nobles y racionales) y aquello que no posee palabras para ser nombrado y se dice como abuso o extensión (que es secundario, innoble, desviado, excedentario). Encontramos en la retórica clásica la naturalización de una conciencia dominante que figura un mundo de acuerdo a las propias categorías de su razón, que lo ordena y lo manipula y que además, lo juzga ética y estéticamente. Toda idea del espíritu, bajo la lógica de la representación de la conciencia en la que se incscribe, encontrará su correlato en el mundo y eso es todo lo que habrá. Podemos llamar a eso una lógica de la identidad o si se quiere, de ideas puras.

Sin embargo, a nosotras nos resulta necesario poder cuestionar estas nociones de tropo y figura, sentido natural, desvío y ortodoxia, tal como fueron comprendidas en la retórica clásica; para poder dar cuenta de las relaciones con el poder formador de la palabra, la figurabilidad de los cuerpos en el espacio y las nociones de verdad y falsedad como efectos del poder configurador.

En el cuarto capítulo de *La Razón Populista, El pueblo y la producción discursiva del vacío*, Laclau analiza la relación entre retórica y pueblo. Parte al igual que la retórica clásica de la hipótesis que habría una carencia del lenguaje que no posee suficientes palabras para nombrar la cantidad de cosas en el mundo, pero desestima esta hipótesis en términos de carencia empírica. Propone por el contrario, repensar esta carencia vinculada a un bloqueo constitutivo del lenguaje, que requiere nombrar algo que es esencialmente innombrable como condición de su propio fundamento¹. En este sentido plantea que la catacrexis debe ser considerada como algo más que una figura particular, ya que sería el “denominador común de la retoricidad como tal”.

Laclau argumenta y explica una concepción de la totalidad –como horizonte y no como fundamento- a partir de una lógica distinta de la representación de la conciencia que veíamos en la retórica clásica. Hay en su pensamiento un cambio de paradigma radical. En Laclau la equivalencia es precisamente lo que subvierte la diferencia, de manera que toda identidad es construida dentro de esta tensión entre la lógica de la equivalencia y la diferencia. De ello se deriva que el lugar de la totalidad no es un lugar fijo, sustancial, identitario y estructurado; sino justamente el lugar donde habita la tensión irreductible entre la parte y el todo, el lugar de la totalidad siempre fallida, el sitio de una plenitud inalcanzable. “La totalidad constituye un objeto que es a la vez imposible y necesario”. Para Laclau no existen medios conceptuales para aprehender totalmente a ese objeto; pero la representación es más amplia que la comprensión conceptual, y lo que permanece es la necesidad de ese objeto imposible llamado *pueblo* de acceder de alguna manera al campo de la representación. Estamos frente a un problema: la representación de lo irrepresentable. Dice Laclau, “La construcción política del pueblo es, por esta razón, esencialmente catacrética” (E.Laclau, 2005. Pág. 96) De otro modo, no hay nombre para eso que es el pueblo, en tanto *eso* es lo real, que siempre escapa, el pueblo en tanto eso que se sustrae a ser dicho². ¿Qué función ontológica cumple entonces la catacrexis como figura retórica que da cuenta del aparecer del pueblo como aquello que no tiene nombre?

¹ “En este caso el lenguaje original no sería literal sino figurativo, ya que sin dar nombres a lo innombrable no habría lenguaje alguno” (E.Laclau, 2005. Pág. 96)

² Nos interesa muy particularmente esta concepción catacrética de pueblo en tanto que Laclau nos permite dar cuenta precisamente de cuáles son los efectos de sentido, en este caso en el campo de la representación política, de las categorías de la ontología clásica. El cuestionamiento de estas últimas no tiene entonces que ver estrictamente con crear nuevas –actuales- taxonomías y figuras retóricas; sino dar cuenta de que cada una de ellas posee consecuencias en los principios de ordenamiento de la representación. Pero si bien acordamos con esta lógica de equivalencias y diferencias para la comprensión

Para responder a ese interrogante nos resulta necesario trabajar con el interdiscurso, es decir, analizar la significación de la catacrexis en tanto determinada por las condiciones de su enunciación, y no simplemente por la naturaleza de su significado. Cuando Laclau dice que el pueblo es catacrético, lo que quiere decir es que su aparición depende de las condiciones de enunciación en la que se lo define, o se lo figura, o se lo encuadra. Nunca de la propia figura o del encuadre mismo. La materialidad de la figura radica en esta historicidad donde el sentido es discursivo y se define a partir del acontecimiento enunciativo: su aparición en el espacio público político. Lo que a nosotras nos preocupa pensar es que las figuras retóricas van más allá de los enunciados expresos, o mejor dicho, vienen más acá. La materialidad de una figura, se gesta en su enunciación, que aparece inscrita como marcas en ese enunciado (tiempo, espacio y sujetos discursivos que intervienen en un acto de habla). Así considerada la enunciación como acontecimiento, nos obliga a comprender al enunciado *pueblo* necesariamente como siempre desbordado, excedido en sí mismo³. Ese es el carácter acontecimental, de irrupción, de aparición en el espacio público. Y la figura es también lo invisible de lo que se enuncia, su reverso. La figura es aquello que está supuesto y que sostiene lo que se enuncia y que sin embargo, excede lo dicho.

El espacio de enunciación así comprendido es el que llamamos espacio público-político. Es la relación del hablante con la lengua que lo determina. Este espacio de enunciación es decisivo para comprender la enunciación como una práctica política –y no como individual o subjetiva-. Enunciar es entonces estar en la lengua en funcionamiento. En el acontecimiento lo que se da es una lucha de fuerzas, un agenciamiento político de la enunciación, que determina quiénes pueden hablar y quiénes no⁴.

Los tropos o figuras son entonces los lugares comunes de la lengua, los lugares fijos y secos, que no necesitan ser justificados, y en ese sentido, son también el pasado de la lengua, el lugar común desde donde se organiza lo que puede ser dicho y desde donde se organiza también la memoria de la comunidad de los hablantes. Mientras que la lengua posee reglas sintácticas, la enunciación posee estrategias discursivas. Y en sentido amplio, esto implica lucha por el significado, políticas del decir, y políticas del silencio (y también, políticas de la memoria). Hay siempre interdiscurso que es exterior a la lengua, o por lo menos, escapa a lo que puede decirse. Si hay políticas del decir y del silencio (escenas enunciativas, espacios de enunciación que son espacios donde circula la palabra regulada, espacio público-político) nos encontramos en los bordes de la lengua. No ya en sus figuras, sino en aquello que las excede también. Estamos frente al afuera que es también simbolizado. Y ese es el marco que nos permite sostener que las figuras retóricas determinan ontologías políticas, en tanto dan cuenta de la aparición de los cuerpos en el espacio público⁵.

de las figuras del pueblo -distanciada ya de la lógica representacional e identitaria de la conciencia racional moderna propia de las retóricas clásicas- debemos reconocer que el autor todavía trabaja la figura del pueblo formalmente, es decir, en el orden del significante, en este caso vacío y concebido como relación.

³ En tal sentido, si podemos dar cuenta de la historicidad de tal o cual figura, podemos dar cuenta también de las condiciones de posibilidad de su aparición en un momento histórico determinado.

⁴ Hay persuasión, es decir, hay voluntad de poder, de convencer y de dominar. Hay exterioridad del lenguaje aunque no podamos conocerlo si no es por medio del lenguaje. Argumentar es hacer cadena de enunciados, donde la orientación es lo vedado, lo invisible, lo no dicho. Es la tarea, lo que debemos descubrir. Lo dicho es lo enunciado, pero en el decir podemos encontrar las políticas del silencio.

⁵ Si pensamos en la enunciación de las figuras como modo de funcionamiento de la lengua y en tanto acontecimiento, podemos comprender que las figuras retóricas no son meros ornatos del lenguaje, sino que poseen efectos de sentido configuradores del espacio público político. Y aquí insistimos una vez

A modo de reflexión final...

Si enmarcamos a muy grandes rasgos las dos lógicas diferentes de lo que entendemos por “hacer el movimiento” entre la retórica y la ontología política: por un lado, una lógica de la representación identitaria correspondiente a la retórica clásica; y por otro, una lógica formal de la equivalencia y la diferencia, correspondiente a una nueva retórica; nos preguntamos si bajo alguna de estas dos lógicas cabe la pregunta ¿Hace figura el pueblo? ¿O es aquello que siempre se sustrae, aquello que cae de los bordes de toda figura que pretenda encuadrarlo?

La filosofía política contemporánea piensa al pueblo como la materia que siempre está en vías de realizarse, y por eso su realización coincide con su propia abolición. Dice al pueblo en términos catacréticos: el pueblo que aún no está (Deleuze), o el pueblo que es siempre la irreductible ilusión de alguien (Agamben) o el pueblo que es futuro potencial (P.Virno), la multitud que si se dice pueblo es porque se aburguesó y se hizo identidad (T. Negri), el pueblo que escapa, el pueblo por venir... Allí donde la definición se hace presente, la exclusión demanda resistencia. Por eso el pueblo es un efecto por lo cual se invierte todo lo dicho anteriormente, el pueblo es el resto de toda palabra académica.

Por eso quizás el camino no sea el de buscar o inventar figuras conceptuales –o formales– que puedan dar cuenta del pueblo, ni mucho menos inventar nuevas taxonomías del discurso que lo ordenen. Por el contrario⁶, creemos que hacer el movimiento de pasaje entre la retórica y la ontología política, no es más que hacer un arduo trabajito de hormiga en los umbrales del propio pensamiento, intentando visibilizar el marco y calando los órdenes de la propia teoría a partir de la cual pensamos, dar cuenta de las condiciones de enunciación en la propia escritura, hacer ensayo, invertimos un poco más cuando escribimos.

más en la necesidad de hacer el movimiento entre la ontología y la retórica para pensar las figuraciones del pueblo.

⁶ *Figuras retóricas* capaces de dar cuenta de la relación de los cuerpos que irrumpen en el espacio y que trastocan la configuración coagulada de los lugares habilitados para hablar; acontecimientos de lenguaje que perforan las formas establecidas de circulación de la palabra en el espacio público; modos de visibilizar los silenciamientos estructurales de la lengua propia. Quizás una retórica de los restos, del silencio, de los umbrales y de los excedentes. Porque ¿es posible una retórica de aquello que se encuentra en constante mutación, diaspóricamente en movimiento?